

# INFORME SOBRE LA INFORMACION

---

Entre muchos de los problemas que padecemos en El Salvador se encuentra la falta de información adecuada. Los medios de comunicación colectiva que dicen tener como misión la de informar al público sobre el acontecer nacional y mundial desarrollan su labor de manera muy discutible. Además de depender de muy pocas agencias internacionales de información, informan poco. Y lo poco que informan, es presentado de manera desarticulada, muchas veces descontextuada, casi nunca con criterios interpretativos que ayuden a esclarecer la información y con frecuencia, mutilada.

¿Por qué? ¿Qué hay detrás de eso? ¿Qué es lo que hace que los medios informativos se comporten así? ¿Tenemos la culpa los lectores, radio-escuchas, televidentes? ¿O parte de la culpa? ¿O también existen graves limitaciones en el funcionamiento de los propios medios? Si las hay ¿Cuáles son? ¿De qué tipo? ¿Son solucionables? ¿Cómo? ¿Serán problemas financieros los que impiden un mejor servicio informativo? ¿Serán problemas políticos? ¿Serán deficiencias de capacidad? ¿Habrá quizás una voluntad consciente de bloquear cierta información; de mutilarla, de manipularla? ¿O será un poco de todo? Y si así es, ¿Es posible deslindar responsabilidades para buscar caminos de solución?

Las preguntas no son retóricas. El problema es sumamente grave porque el país y la región en general se enfrentan con dificultades sumamente difíciles de enfrentar y más aún de resolver. Y un paso fundamental para enfrentar problemas es plantearlos adecuadamente para lo cual se necesita mucha información, constante información, buena información y tan completa como sea posible.

Una comunidad, una sociedad, un país, una región, para que crezcan adecuada y armónicamente necesitan información acerca de sí mismas y de los demás. Información sobre el pasado que permita desentrañar las causas y razones de lo que ocurre hoy. Información sobre el presente para saber lo que realmente está pasando y poder prever y planificar lo que deberá hacerse en el futuro. Y esta disponibilidad de información debe ser constante, sistemática y enriquecida además por opiniones calificadas que interpreten lo que pasa. Pero esto no ocurre, sino muy raras veces. ¿Por qué?

Si aceptamos que, al menos tradicionalmente, el periodismo impreso es el que por antonomasia tiene la misión social de informar, vemos en la práctica que esa misión la cumple nuestra prensa comercial de un modo tan precario y desigual que da que pensar. Sobre todo si uno examina de cerca casos concretos del acontecer contemporáneo nacional e internacional: encontramos modos tan peculiares de informar (y de no informar) que más parece que estamos ante sistemas de malinformación y constreñimiento de conciencias, más que ante sistemas de información y esclarecimiento de conciencias. Por ejemplo, el reciente acontecimiento de Puebla, México.

Y el lío es que los flujos de información están altamente concentrados en pocas manos. Nacional e internacionalmente son pocos los consorcios y empresas que detentan literalmente un control cuasi-absoluto y sobre lo que el ciudadano en general deberá saber o deberá dejar de saber. La prensa nos "informa", muy a su manera; las agencias internacionales nos "informan", muy a su manera. Pero, ¿Quién da cuenta sobre las operaciones de los sistemas informativos mismos? ¿Quién nos informa sobre la información? En El Salvador, que sepamos, nadie.

Creemos que a estas alturas ya se ha escrito y hablado mucho sobre el poder que los medios informativos pueden ejercer en una población determinada. Se ha examinado y documentado una buena variedad de casos en donde se manipula y tergiversa la información hasta el punto de hacer creer a la gente que un figmento de la imaginación producto de conveniencias económicas y políticas, es verdaderamente la cara de la realidad. En la Alemania Nazi, el propio Hitler y su genial lugarteniente de propaganda, Goebbels, sostenían que una mentira a fuerza de repetirla se hacía creíble. El plan "Camelot" en Chile, demostró también esta siniestra faceta de la manipulación intencional de la información.

En El Salvador nos ha pasado varias veces lo mismo. Más recientemente, la cobertura que los periódicos locales dieron a la reunión de los obispos en Puebla, es un caso de antología. Salvo raras excepciones, se puede constatar con posterioridad (ahora que los discursos, declaraciones, etc., están disponi-

bles en su totalidad), que tanto las agencias internacionales como la prensa nacional mostraron una imagen distorsionada de lo que estaba ocurriendo día a día.

Y lo triste es que el juego se conoce, pero no se puede hacer nada por impedirlo: sacando frases fuera de contexto; poniendo ciertos énfasis, quitando otros; manipulando los titulares; inventándose los (aunque luego el texto de la noticia no tuviera nada que ver); yuxtaposición artificiosa de unos hechos con otros; omisiones calculadas. . . etc. Se usaron verdades parciales, textos aislados, efectivamente pronunciados en la reunión —pero que sacados del momento y perspectiva en que se dijeron se malentendían o querían decir otra cosa—, todo ello para llevar las aguas al propio molino y forzar en la mente del lector las conclusiones interesadas a las que los manipuladores de la información querían llegar.

Es verdad que la posibilidad de diseminar cotidianamente grandes cantidades de información, rápidamente, a mucha gente y a un costo razonable, hace que, en nuestros sistemas económicos se tenga que acudir forzosamente a la concentración de la operación informativa en poderosos consorcios y grandes empresas. Pero, como se ha demostrado, los riesgos comunitarios que esto supone, son demasiado grandes. Más aún si se considera que estos sistemas se nutren esencialmente del patrocinio comercial.

Por un lado, las agencias internacionales, debido a dudosas prácticas informativas mezcladas con el entretenimiento banal y las superficialidades curiosas, buscan siempre el "drama": pareciera que están siempre empeñados en creer que los ciudadanos

no somos capaces de tomar la vida en serio y tienen que estar siempre convirtiendo la vida humana y social en "aventuras". Sólo así se explican las insistentes preguntas y las sobre simplificaciones que brindaron los cables de las agencias internacionales sobre supuestos rompimientos, cismas, divisiones, liberales y conservadores, la teología de la liberación como acusado en el banquillo, etc. Como que si los obispos, personas que conviven con el sufrimiento humano de multitudes de personas fueran actores imbéciles de un drama barato lleno de emociones triviales y politiquería ramplona.

Por otro lado, la prensa local, con ya varias veces demostrados intereses creados alrededor de la problemática nacional, se esforzó por ofrecer una imagen de condenas, repulsas e improprios contra todo aquello que interesaba desacreditar. Sólo así se explica la manipulación —a veces tan burda, incompetente y falta de imaginación— que vimos en algunas ediciones de algunos periódicos locales. Pero por más que forzaron en la boca de prelados una colección de declaraciones para reconfigurar una visión parcial de lo que pasó, por más que cargaron las tintas sobre algunos detalles y omitieron otros profundamente importantes para fabricar una imagen y un clima que no ocurrieron en esa reunión, no resultó. Cosas tan importantes, a la larga, se saben. Y más si se trata de una organización tan vasta y tan antigua como la Iglesia Católica, y sobre un evento tan importante que mereció la atención mundial permanente mientras se estuvo desarrollando.

Se sigue demostrando, pues, que los sistemas tradicionales de información, concentrados en pocas manos y determinados por intereses y patrocinios comerciales contienen en sí muchos problemas. Se volvió a demostrar también el daño potencial que se sigue de un deber comunitario irresponsablemente (o malintencionadamente) realizado: el deber de informar verazmente, ampliamente, balanceadamente, completamente.

Pero también se demostró que existen otras alternativas (por cierto más baratas), que pueden brindar —y siguen brindando— información seria y veraz, criterios competentes, análisis agudos y responsables sobre el acontecer nacional e internacional. Y ya comienzan a surgir voces preocupadas sobre la total impunidad con que operan los medios informativos en nuestro país. Si bien es cierto que estas voces se han referido específicamente al problema de la violencia y la pornografía, bien merecería la pena que se abordara el problema en su totalidad. El evento de Puebla muestra que ese examen es indispensable e inaplazable. Quizás así tendremos alguna vez la oportunidad de informarnos sobre la información, y exigir a los medios que cumplan su servicio a cabalidad.

E. S.

